Hay un aprendizaje de la violencia. Esta es la tesis que subyace al presente texto, que proporciona una serie de ejemplos que muestran la complejidad de la violencia en la vida social y en los medios de comunicación. La cuestión central, al abordar este tema, tiene que ver con lo que hacen los adultos con los niños. Desde este marco, se abre aquí la reflexión en relación con la violencia televisiva, y con la dificultad que entraña ocuparse de la misma cuando desde el propio contexto lo que se vive y fomenta es la más cruda agresión.

VIOLENCIA TELEVISIVA Y VIOLENCIA EN EL CONTEXTO SOCIAL

El 1º de octubre apareció en el diario *Clarín* una secuencia de cuatro fotografías tomadas unas horas antes en Jerusalén: un padre y un niño aterrados, contra una pared, en medio de una balacera, el niño caído, atravesado por un proyectil y el padre clamando a su lado, el padre también alcanzado por un disparo y en la última escena ambos muertos. Apenas fracciones de segundo, detenidas para siempre por el ojo insensible de la cámara.

En la década del 60, en plena guerra de Vietnam, la periodista Oriana Falasci captó con la lente los últimos momentos de la vida de un soldado norteamericano. Se habló entonces de "la primera mujer que fotografió la muerte", y muchos se preguntaron qué hacía ella detrás de la cámara en lugar de tender una mano al caído.

En algunos estados de Estados Unidos, donde se practica la pena de muerte, se viene librando desde hace años una batalla por el acceso de la televisión, para pasar en director la ejecución, también ella un asesinato. El argumento: mostremos esto para que sirva de lección, para atemorizar a los delincuentes.

A fines de septiembre, el gobierno de Italia golpeó una red de distribución de materiales pornográficos a través de internet, detuvo a traficantes y sacó del mercado cientos de programas. La red funciona entre ese país y Rusia. Sólo que no es de cualquier pornografía. Se trata de una versión que ha sido bautizada necropedopornografía. El horror de la pornografía infantil, al que se suma el asesinato de pequeños ante las cámaras. El horror de quienes consiguen niños, los torturan, violan y matan, de quienes manejan la cámara, de quienes editan el material, de quienes lo empaquetan en sistemas electrónicos, de quienes los suben a internet, de quienes pagan por verlo… La nota agrega que muchas víctimas son sacadas de orfanatos rusos, en un país donde más de cuatro millones de niños sufren abandono.

Cuando la Guerra del Golfo, la CNN nos ofrecía imágenes de Bagdad desde el cielo nocturno y los destellos de las bombas lanzadas por los aviones norteamericanos. No olvidaré nunca una entrevista a un piloto, de unos 20 años de edad, que profería exclamaciones de entusiasmo, luego de una

incursión de muerte: “¡Excitante, excitante! Desde el cielo Bagdad parece un árbol de navidad”.

David Grossman, un oficial del ejército norteamericano y experto internacional en “killology” (traducción textual “ciencia de matar”) nos permite aclarar un tanto la alegría de ese piloto, cuando explica que la violencia televisiva se asemeja al condicionamiento mental al que son sometidas las tropas especiales para que, cuando llegue el momento, disparen contra el enemigo. Hay un aprendizaje de la violencia y del acto que lleva a la muerte. “Matar a un semejante, a menos que se trate de un sociópata, no resulta un gesto natural. Hay que aprender a hacerlo.”

Sin ese aprendizaje, los soldados pueden no disparar. Vale la pena detenerse en las comprobaciones de Grossman, analizadas por la Asociación Catalana de Criminología y publicadas por la revista española *La Vanguardia*, en abril pasado:

> “Durante la segunda Guerra Mundial solamente el 20% de los soldados apretaba el gatillo cuando tenía un enemigo a tiro. Grossman constata que en Corea, tras someter a las tropas a un proceso de brutalización, ya lograban que disparase el 55%, y en Vietnam lo hiciese el 90%.
>
> Nuestros jóvenes se ven sometidos a un proceso de insensibilización similar. Y no a partir de la edad de 18 años, como los reclutas, sino de los 18 meses, cuando son incapaces de discernir lo que sucede en la pantalla de la realidad.”

En Centroamérica, cuando la guerra civil en El Salvador y en Guatemala, se entrenaba a los soldados en los cuarteles a través de la presentación de películas de Rambo. Más de una vez me tocó ver en las carreteras patrullas compuestas por jóvenes, que llevaban atado a la cabeza el pañuelo utilizado por esa máquina de matar que inundó las pantallas durante más de una década.

Los videojuegos tienen también aquí su parte. Hacia 1988 declaraba Ronald Reagan: “hace poco aprendí algo muy interesante sobre los videojuegos. Muchos niños y niñas han desarrollado una increíble coordinación entre la mano y el ojo jugando con estos juegos. La Fuerza Aérea cree que estos niños serán destacados artilleros que deberían volar en nuestros cazas” (Citado por Craig Simpson, en la revista *Activismo no violento*).

Y no podemos olvidar lo que Craig denomina “la militarización de los juguetes”. Se trata de una industria fuertemente ligada a la televisión, que pone en las manos de los niños réplicas de los personajes violentos incluidos en distintos programas. El autor cita a Arnold Goldstein, de la Universidad de Siracusa, quien afirma: “…jugar con juguetes bélicos legitima la conducta violenta y la hace aceptable. Los niños pierden la sensibilidad ante los peligros y las dolorosas consecuencias de la conducta violenta”. En definitiva, los juguetes violentos sirven como medio para ensayar la conducta violenta vista en la televisión.

He traído todos estos ejemplos sólo para asomarnos a la complejidad de la violencia en la vida social y de la violencia en los medios de comunicación. Me he detenido en ellos para centrar la atención, porque la primera cuestión a plantear cuando se aborda este tema es qué hacen los adultos con los niños.

Desde hace años vengo insistiendo en denunciar los usos sociales de la niñez:

1. Como engranaje de reproducción social.
2. Como fuerza de trabajo.
3. Como descarga de las tensiones de los adultos.
4. Como espectáculo.
5. Como consumidor.
6. Como mercancía.

No insistiré ahora en desarrollar esos puntos. Quiero añadir a ellos una afirmación que hice en 1994, cuando trabajábamos en Mendoza con más de 800 maestros en un curso destinado a comprender los mecanismos de la televisión:

Toda violencia sembrada en la niñez, fructificará.

Cuando digo “toda violencia” no me refiero sólo a la practicada en forma directa, a través de diferentes tipos de maltrato. Aludo también, y sobre todo, a la violencia ejercida a escala planetaria desde centros de poder que ordenan el empequeñecimiento y la retirada del Estado, que nos convencen de las bondades de un mercado sin controles, que empobrecen hasta la desertificación enormes regiones del globo, que se mueven en medio de una lógica férrea de mercado, mercaderes y mercancías. Aludo a la violencia ejercida a escala de países, por grupos cómplices de esas jugadas internacionales, que se enriquecen como si el dinero los fuera a acompañar para toda la eternidad, que exhiben lujo con un descaro sin márgenes, que corrompen todo lo que tocan. Aludo a un proceso de empobrecimiento constante de las poblaciones de Latinoamérica, entre las que se cuenta la nuestra, la Argentina; a una pérdida incesante de oportunidades de vida, a una humillación de seres a los cuales se les niega hasta el derecho al trabajo.

Es ésa la cadena de violencias que termina dejando sus semillas en los niños. Si traigo todo esto, es porque el texto cercano de la violencia directa, hay que leerlo en el contexto cercano y lejano de la violencia a escala planetaria y de nuestro país. Empecinarnos sólo en el texto inmediato, nos hará perder la posibilidad de comprender las causas profundas que tanto nos vienen golpeando en los últimos años.

Es desde ese contexto, y desde los ejemplos con que inicié esta presentación, que abriremos ahora la reflexión hacia la violencia en la televisión.

La discusión sobre la influencia de la pantalla en los niños tiene más de 50 años y ha sido seguida de cerca por centenares de investigaciones, sobre todo en los países industrializados. Una posición extrema, que poco se sostiene en

la actualidad, señala el todopoder de la TV, como si cada escena determinara de manera mecánica conductas agresivas o consumistas de los chicos. Esa forma de entender las cosas, tiene en realidad más de un siglo; arranca de las viejas creencias en el poder de los medios para llevar a la sociedad en cualquier dirección. Por ejemplo, la culpa del inicio de la Primera Guerra Mundial fue adjudicada en su momento a la prensa. Otro: el poderío atribuido durante la Segunda Guerra a la propaganda nazi, como si ella hubiera bastado para cambiarle la mentalidad a millones de personas.

También resulta difícil sostener aquello de que los medios vuelven pasivos a los televidentes, en especial a los niños. Las relaciones con la oferta televisiva son muy complejas, se habla hoy de “negociación de significados”, en el sentido de que frente a los programas hay distintos grados de aceptación y de apropiación.

La cuestión pasa por las capacidades que el televidente tiene para mediar lo que le llega. Si está poco provisto de ellas, será cautivado y se volverá un cautivo de la oferta. Si ha desarrollado su cultura en otras direcciones, si ha podido interactuar más en su contexto, si se le han dado oportunidades de conocer otros horizontes (sea a través del juego, de la lectura, de la vida social en general), podrá mediar con más recursos ese mundo de imágenes y sonidos.

Pues bien, la pregunta se desplaza al bagaje de mediaciones con que se cuenta. Y esto tiene dos vías de respuesta: el bagaje propio del desarrollo, según la respectiva edad, y el bagaje del entorno de aprendizaje y de riqueza cultural.

Veamos el primero. Según Wendy Josephson, psicóloga social de la Universidad de Winnipeg, Canadá (*Violencia televisiva*, libro citado por Francisca Beseler y Francisca de la Paz, en revista *Qué Pasa*, Chile, 1998) hay distintos períodos de aproximación a las imágenes.

Hasta los 18 meses: los niños y niñas sólo pueden prestar atención a la televisión por períodos breves y con gran esfuerzo, porque para ellos el aparato es apenas una fuente de luz y sonidos. Aunque no existen estudios sobre los efectos de la violencia televisiva, hay evidencia clínica de que los pequeños pueden imitar las conductas vistas.

De los 18 meses a los 3 años: los niños y niñas son capaces de prestar entre tres y cuatro veces más atención a la pantalla que los lactantes. En ese período sí imitan lo que ven y oyen. Crear hábitos televisivos es fundamental en esta etapa, porque de éstos dependerá su relación futura con la televisión.

Los pre-escolares (tres a seis años) buscan significados en los contenidos televisivos, pero son muy pequeños para comprender por qué ocurren actos de violencia. La mayoría no distingue entre realidad y fantasía. Se sienten especialmente atraídos por los personajes animados de figuras humanas, los movimientos rápidos, el cambio constante de escenas y luces, y por sonidos

intensos. Por ello, prestan más atención a las escenas de violencia. Cobra aquí mayor importancia el control y la presencia de los padres.

Los escolares (siete a once años) tienen habilidad para extraer significados del mundo televisivo, pero no siempre la usan. A los ocho años son más susceptibles de manifestar conductas agresivas después de haber visto violencia en televisión, si ésta se parece a la realidad.

Con relación a los adolescentes (12 a 17 años), se señala que la televisión deja de ser el centro en la medida en que dedican más tiempo a estar con sus pares. Prefieren en general temas que se refieran a adolescentes: crecimiento, citas, alcohol, drogas y sexo. Para la mayoría, ver televisión es algo que requiere muy poca concentración.

La periodización es por demás interesante. Hay tres fases del desarrollo en las que no se está en condiciones de mediar adecuadamente ante la oferta televisiva, sobre todo cuando se trata de escenas de violencia. Y hay una cuarta en la que el chico aparentemente se despega del aparato, pero la pregunta es cómo llega a esa fase, con qué pasado de percepciones y de experiencia y memoria televisiva lo hace. Cuando la autora canadiense señala que la etapa de 18 meses a 3 años es fundamental para la relación futura con la TV, sobre todo por los hábitos que entonces se formen, no está haciendo más que insistir en que todo lo sucedido en esa etapa es fundamental para el resto de la vida. Un abandono en ese período tiene a menudo consecuencias irreparables.

Habíamos planteado como segunda vía de reflexión el bagaje de aprendizajes y de oportunidades culturales. Utilizo aquí el concepto de cultura en el sentido de lo que produce un grupo social en su desarrollo: cultura como riqueza de lenguaje, como entornos en los cuales es posible afinar la expresión y la comunicación, como ámbito de despliegue de las propias potencialidades, sean éstas físicas o espirituales.

En una sociedad tan desigual como la nuestra, para una amplia mayoría de la población se estrechan casi hasta la asfixia los márgenes de aprendizaje y de oportunidades culturales. No es que no haya ninguna opción, pero no es igual tener solucionados de por vida los problemas económicos que desvivirse para sobrevivir. La cadena de abandonos tiene como eslabón último, y más doloroso, a los niños. ¿Cómo ocuparse de la violencia televisiva, de la orientación frente a los programas, si el contexto todo es de violencia?

Es aquí donde nos toca matizar las afirmaciones en torno a la posible escasa influencia de la TV. Éstas se basan en la afirmación de que el problema no surge del medio sino del contexto, si éste es favorable a la violencia, aquélla tendrá efectos. Y como hay sociedades donde el abandono es menor, donde los caminos del aprendizaje y las oportunidades culturales son mayores, no deberíamos alarmarnos demasiado. Pero sucede que estamos en un país donde la situación es a la inversa, donde el contexto es, precisamente, de violencia para cerca del 40% de la población, una población vulnerable,

preparada por contexto a sufrir la influencia negativa de esos mensajes violentos.

Doble violencia, además, no sólo por la presencia directa de la misma en los programas, sino también por la exhibición de riqueza, de hiperconsumo frente a seres sumidos en la pobreza.

Es un error despreocuparse de la posible influencia de los medios, debido a investigaciones que hablan de lo relativo de la misma frente a personas con capacidad de enfrentar la oferta desde aprendizajes y oportunidades culturales bien cimentadas. Eso vale para algunos sectores de la población, y no precisamente los mayoritarios.

Además, como suele suceder demasiado a menudo, las invitaciones a despreocuparnos nos llegan a nosotros, mientras que en los países paladines del libre mercado y del “dejar hacer” se intensifican los controles.

Me refiero a la vieja discusión en torno a la censura. Si usted intenta frenar formas de violencia está atentando contra la libertad. Cabe preguntarse: ¿la libertad de quiénes? De quienes producen y venden, sin duda.

Veamos ejemplos de iniciativas para parar tanta violencia: en Bélgica se estableció un código de normas que incluye los contenidos publicitarios y cinematográficos; en Francia, los padres de familia pueden bloquear la sintonía de ciertos canales; en Australia se han adoptado sistemas electrónicos para anular señales televisivas, desde el hogar, a determinadas horas; Francia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda y la Comunidad Europea establecieron principios generales que obligan a los radiodifusores a respetar sus valores; Australia, Bélgica y Estados Unidos incluyen medidas disciplinarias que prevén la suspensión o revocación de permisos o concesiones para explotar las frecuencias de radiodifusión (Mario Abad, México, 1997).

Mientras tanto, nosotros seguimos manejando un horario de protección al menor que deja fuera, es decir, la mayor parte del día, torrentes de violencia simbólica a través de programas que poco y nada son analizados en detalle. Seguimos siendo convencidos de que la fuerza del mercado nos salvará de tanto abismo, y que los mensajes-mercancías ofrecidos por los medios de comunicación son intocables. Seguimos siendo objeto, víctimas, de un discurso empecinado en vendernos el paraíso de la globalización, cuando la realidad se resquebraja sin tregua.

¿Censura, entonces? Dejemos para enseguida ese término. A modo de propuestas para contener la violencia, se han planteado alternativas como la responsabilidad social de los periodistas, productores de mensajes para chicos y empresas de comunicación en general. Además, la presión de asociaciones de padres y educadores, que en algunos casos llegan a tener mucho peso en el orden nacional de ciertos países. Y, con una tradición de más de 30 años en el contexto de América Latina, la apelación a la educación para los medios. Se trata de que maestros y alumnos aprendan a enfrentar críticamente esa oferta

cotidiana, con recursos para decodificar la imagen y el sonido más allá de lo que muestran en su superficie.

Hubo alguien que se atrevió a más. Me refiero al filósofo alemán Karl Popper, quien un año antes de su fallecimiento, en 1994, escribió un ensayo que denominó “Contra el abuso de la televisión”, en el cual propuso como elemento central para la reflexión las siguientes palabras:

> Comportarse de manera civilizada consiste justamente en reducir la violencia. Esta es la función más importante de la civilización y la meta de nuestros esfuerzos para mejorar el nivel cultural de nuestras sociedades.

Con esas afirmaciones se ubicó en la vereda de enfrente de quienes pregonan una libertad sin límites, porque “le damos al público lo que quiere”. El reclamo del pensador se dirigió a la formación de quienes producen para chicos, que deberían ser capacitados en los siguientes puntos:

> La importancia fundamental de la educación, las dificultades de su puesta en práctica y el hecho de que no se trata realmente de la presentación de hechos, sino más bien de eliminar la violencia. En el curso de esa formación habría que enseñar cómo los chicos captan las imágenes, cómo elaboran mentalmente lo que les presenta la televisión y cómo se adaptan al entorno sometidos a la influencia de la televisión. Hay que mostrar los mecanismos que llevan a que tanto los niños y niñas como los adultos tengan dificultades para distinguir la ficción de la realidad.

Esa formación, que debería extenderse incluso a técnicos y a camarógrafos, sería obligatoria para poder hacer televisión. Habría que entregar una licencia, como la que se les da a los médicos para realizar su tarea, licencia que podría ser retirada en caso de no cumplir con la labor de velar por la construcción de la personalidad de los niños y niñas dentro de una búsqueda de construcción de civilización.

Si bien el análisis de Popper se centra en exceso en los profesiones (no hay que olvidar para nada la responsabilidad de las empresas), no deja de admirarnos la claridad de su percepción, porque en la práctica quienes producen y deciden qué verán nuestros chicos no tienen mayor idea de lo que significan las distintas etapas del desarrollo, ni las huellas que pueden dejar con sus programas.

¿Estoy de acuerdo con una propuesta semejante? En lo personal he trabajado más de dos décadas en la línea de educación para la comunicación, siempre con la idea de que esa tarea es posible si los maestros están capacitados previamente. En Costa Rica intentamos crear, hacia 1989, una maestría en comunicación para la niñez, pero no conseguimos los aliados necesarios. En Mendoza, en 1994, llevamos adelante un programa al que aludí antes, a través del cual fueron capacitados más de 800 maestros en la posibilidad de abordar

la televisión desde la escuela. Existe en este momento un movimiento latinoamericano de educación para la comunicación, con un fuerte impulso sobre todo en Brasil.

Sin embargo, no deja de tentarme la propuesta de Popper: crear un espacio donde se capaciten los productores y donde se aprenda a respetar la niñez, tanto en la elaboración de mensajes como en la decisión de incluirlos en una programación. Claro está que con la forma de llevar las cosas públicas hemos venido caminando exactamente en el sentido contrario de responsabilizarse por el aprendizaje y las oportunidades culturales de grandes mayorías de la población.

¿Qué hacer, entonces? Se me hace difícil aventurar una propuesta para quienes, como muchos educadores de nuestro país, tienen que vivir a diario situaciones que sólo son objeto de atención pública cuando adquieren algún tinte sensacionalista. La exclusión de la cotidianidad de la escuela en la agenda pública, y por lo tanto en la agenda de los medios, es también una forma de violencia.

Retomo, para sugerir algunos caminos, el término que dejé pendiente: censura. Y trato de despegarlo de la retórica establecida, en el sentido de lo que significa no dejar que algo salga al aire.

Prefiero la noción de “aquello que es censurable”, en el sentido de reprobable, de lo que no tiene por qué ser aceptado sin más. Necesitamos ejercer nuestra autoridad personal y moral para rechazar tanto exceso en la vida social y en las propuestas de los medios de comunicación.

Para ello, todas las acciones son válidas, como los esfuerzos de capacitarse en educación para la comunicación, las alianzas con espacios universitarios para promover la formación sistemática de los comunicadores en estos temas, la creación de grupos de opinión que puedan en algún momento significar un freno a determinada programación. Y el conocimiento de la programación, ya que es muy difícil criticar y enfrentar lo que no se conoce. Y el diálogo con los niños, niñas y jóvenes para comprender sus percepciones y su relación con esos mensajes.

Nunca como hoy necesitamos movilizarnos para revertir el aprendizaje de la violencia, tanto en el contexto social como de los medios de comunicación. Los excesos tienen como aliados el silencio y la falta de ejercicio de nuestra autoridad personal y moral. Ante tanto escándalo, es preciso escandalizarse y no dejarnos acunar por una tolerancia mal entendida, aquella que nos invita a aceptarlo todo sin una queja.

No quiero dejar de retomar, para el cierre de esta exposición, una cuestión sobre la que he vuelto una y otra vez desde el comienzo: la relación del texto televisivo con el contexto social. Desde nuestra realidad, desde lo que nos viene sucediendo tercamente en los últimos año, desde tanta agresión a la vida de cada día, desde tanto desfonde de seguridades, podemos decirle a quienes producen y deciden sobre los programas televisivos violentos:

Por favor, ya demasiada violencia tenemos en nuestra existencia para que encima ustedes se dediquen a emponzoñarnos día a día con ella.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Octubre del 2000